

Anheron

III - Cenizas entre la Niebla

Jorge Díez Miguélez

Prefudio

Los rayos de sol caían sobre su pálida piel activando todos sus poros. Podía sentir el cosquilleo y el calor que estimulaba la vida latente en su cuerpo. Lenta y pausadamente, inspiró con intensidad y el aire fresco se introdujo en ella para llenar sus pulmones. Exhaló con lentitud y volvió a repetir la acción.

Apoyó la cabeza sobre las ramas trenzadas que formaban el arco de la ventana y, sin abrir los ojos, dejó que su musculatura perdiera su rigidez. Oía el cantar del agua que se precipitaba entre las ramas y hojas de la fachada. Se abandonó a su melodía mientras sus músculos relajaban más su tono y se sentía como levitar. Sosegó también su mente dejándola vacía de cualquier pensamiento que no fuese disfrutar de aquel preciso momento. Demasiados pesares concentrados en el tiempo.

Centró toda la actividad de su cerebro en percibir las sensaciones que llegaban a sus sentidos. Podía sentir el rumor de las hojas acariciadas por la leve brisa que originaba la pequeña cascada. Sentía cada diminuta partícula de agua que aterrizaba sobre su rostro tras su incierto trayecto suspendida en el aire. Su nariz estaba inundada de los cientos de aromas de flores y hojas del bosque.

Se concentró en el sonido que la arrullaba como si fuese un infante. Intentó distinguir el golpear de cada gota contra las hojas. Se concentró en discernir el ruido de una de las gotas anónimas resbalando por los marcados surcos de la corteza de la conífera hasta que el canto de un ruiseñor captó toda su atención auditiva. Extendió su mano lentamente. El fino torrente de agua comenzó a escurrir entre sus dedos. El líquido elemento bañó su piel, su frescor envolvió la mano en contraste con el cálido baño de sol que caldeaba el resto de su cuerpo. Mientras el agua resbalaba sobre su delicada piel, rememoró su trayecto recreando los numerosos lugares que había recorrido antes de llegar hasta ella.

Dirigió de nuevo su rostro hacia el astro con los ojos almendrados todavía cerrados. Podía sentir la claridad de su luz atravesando sus párpados. Canalizó toda la energía vital que estaba recibiendo mientras las capas de seda de su vestido, prácticamente transparentes al ser atravesadas por la luz, ondeaban con suavidad en torno a su cuerpo mecidas por una brisa casi imperceptible.

Llegó hasta ella el rumor del cuero curtido deslizándose sobre las losetas de mármol pulido. Sintió la mano de Sheeran acariciar con suavidad su largo cabello. Percibió su aliento en su cuello, bajo su puntiaguda oreja, antes de que su voz se introdujera en sus oídos.

—¿Qué haces amor? —le preguntó casi en un susurro antes de besarla sobre el pelo níveo.

—Sólo disfruto de un momento de paz y de vida —respondió ella sin mover apenas los labios. Continuó unos instantes en su posición, disfrutando más todavía del momento, mientras acariciaba con sus largos dedos la mano de su esposo. Habían pasado tantos años y todavía podía sentir el amor que le profesaba en cada beso, en cada caricia, en cada mirada... También rezumaba la culpa y el dolor que le afligían al verla a ella triste y marchitada por la pena que sobrellevaba—. Me imaginaba lo que sería vivir sin la luz del sol. —Sintió los dedos de su esposo tensándose levemente ante su comentario.

—No te perturbes recreando situaciones que no tienen por qué suceder.

—¿Ah no? ¿Cómo estás tan seguro? —preguntó la elfa abriendo sus ojos claros y mirando aquel rostro con el que había dormido por centurias.

—¿Qué insinúas? —inquirió su esposo suspicaz.

—¿Por qué sigues queriendo ignorar el hecho de que continuamos disfrutando de nuestra paz, de nuestra vida de siempre bajo la preciada luz solar, solo merced a la magia de nuestros arcanos?

—¿Y qué inconveniente encuentras en ello?

—¿De verdad me lo preguntas? Tan solo el Bosque de Sendra está ajeno a la oscuridad que ha envuelto al resto del continente de Klum, ¿y me pides que no esté preocupada?

—La vida en nuestro bosque continúa igual que lo ha hecho desde el comienzo de los tiempos. Nada ha alterado la existencia plácida de la que has disfrutado desde que llegaste a este mundo. No te preocupes del resto.

—El resto es el mundo en el que vivimos. ¿Por cuánto tiempo viviremos ajenos a que nos afecte esta desgracia?

—El tiempo que sea necesario. Lo que ocurra en el resto del continente y del mundo no nos afecta.

—¿Cómo puedes decir eso? No podemos vivir apartados eternamente del resto de Anheron.

—Llevamos siglos viviendo así, desde que la raza humana se apoderó y mancilló el que era nuestro mundo. No veo por qué debe cambiar nuestro modo de vivir. Nuestras oraciones a los padres creadores, siguen siendo atendidas.

Sheeran esperó mientras su esposa le observaba en silencio.

—Porque la situación que enfrenta la nación elfa no había ocurrido desde los tiempos de los antiguos, y ninguno de ellos sigue vivo para poder gestionar lo actual. Porque la amenaza es desconocida y peligrosa para el Gran Consejo, incluso demasiado terrible para que Elithion y Naera nos protejan esta vez...

—Tus palabras rayan la blasfemia... —intentó zanjar el elfo las manifestaciones de su esposa. Esta continuó su discurso como si no hubiese intervenido.

—Porque tu propio hijo ha dejado su tierra natal para enfrentarse sólo a este problema...

—Yo no tengo ningún hijo —espetó con sobriedad Sheeran endureciendo su tono.

—No sé cómo puedes albergar tanta necesidad en tu interior. —La mujer se alejó de la ventana ofendida con su esposo. Hacía más de un año de la partida de Ralán. Nada sabía de su paradero ni de su suerte. Lo único de lo que tenía una certeza inquebrantable es de que continuaba vivo. Su árbol vital seguía florido y vistoso como el día de su plantación. Todos los días visitaba la esbelta secuoya y acariciaba su sedosa corteza pensando en la suerte de su vástago. Abrazando el grueso tronco que no era capaz de abrazar, podía sentir el espíritu de su hijo, latiendo indomable en algún lugar lejano. Le afligía el dolor y la pena de no saber si volvería a verlo algún día.

—Naysa, el Bosque de Sendra está seguro. No hay temor que amedrente a la nación elfa. —Intentó retomar los intentos de calmarla con más sosiego.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó desde el dintel de la puerta—. ¿Qué pasará cuando la magia de los elfos no sea suficiente para mantener la vida de nuestro bosque?

—Eso no sucederá jamás.

—Jamás es mucho tiempo, incluso para nosotros. —Su vestido osciló ante el amago de partir, pero se volvió de nuevo—. El tiempo se agota y Anheron languidece bajo un poder que el Gran Consejo de los elfos no conoce ni sabe explicar. Espero que no llegue demasiado tarde para los nuestros el día en que os deis cuenta de la amenaza que tenemos entre manos. Espero que tu hijo no tuviese razón. —Sin esperar réplica abandonó la estancia.



Anheron

Toda la información sobre la saga Anheron en:

www.anheron.com
<http://anheron.blogspot.com.es/>
[@anheronsaga](https://www.facebook.com/anheron)